

Eugenia Zicavo

# PRIMERAS PÁGINAS

---

*Los mejores 100 comienzos de la literatura*

TOLSTÓI / WOOLF / DOSTOIEVSKI / PLATH  
SHAKESPEARE / DURAS / BOLAÑO / YOURCENAR  
NIN / GARCÍA MÁRQUEZ / ATWOOD / DICKENS  
KAFKA / P. D. JAMES / ORWELL / SABATO  
BALLARD / DESPENTES / NABOKOV  
WILDE / VONNEGUT / KINCAID / FITZGERALD  
DE BEAUVOIR / KAWABATA / SARAMAGO  
CALVINO / ENRÍQUEZ / BARICCO / NOTHOMB  
GREENE / FERRANTE / MISHIMA / KRISTOF  
LOVECRAFT / GALLARDO / KUNDERA

**FACTOTUM  
EDICIONES**

**PRIMERAS PÁGINAS**

FACTOTUM  
EDICIONES

Zicavo, Eugenia

Primeras páginas : los mejores 100 comienzos de la literatura / Eugenia Zicavo ; Compilación de Eugenia Zicavo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2026. 272 p. ; 21 x 16 cm. - (Tinta)

ISBN 978-987-4198-73-0

1. Literatura. 2. Antología. 3. Narrativa. I. Zicavo, Eugenia, comp. II. Título. CDD A860

© Eugenia Zicavo, 2025

© Factotum Ediciones, 2025

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

[www.factotumediciones.com](http://www.factotumediciones.com)

Idea: Guido Indij

Edición: Fernando Ozón

Corrección: Florencia Piluso

Esta edición reúne los comienzos de obras pertenecientes a la literatura universal. Todos los derechos de autor, de edición y de traducción de los textos reproducidos corresponden a sus respectivos autores, herederos, traductores y editoriales. La información sobre la primera edición de cada obra, así como los créditos correspondientes a las traducciones utilizadas, se consignan al pie de cada fragmento citado. Los textos se reproducen exclusivamente con fines culturales, educativos y de divulgación, en el marco del derecho de cita reconocido por la legislación vigente. La selección, el ordenamiento, la introducción y los demás contenidos originales de esta edición son propiedad intelectual de su compiladora y de Factotum ediciones.

Con este libro esperamos despertar la curiosidad de los lectores y orientarlos en su búsqueda de nuevas lecturas de calidad. Compren libros, lean en papel.

ISBN 978-987-4198-73-0

Libro de edición Argentina.

Impreso en India. *Printed in India.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Eugenia Zicavo

# PRIMERAS PÁGINAS

---

*Los mejores 100 comienzos de la literatura*

FACTOTUM  
EDICIONES

# ÍNDICE

0	La expectativa de un mundo, por Eugenia ZICAVO	11
1	<i>Corazón tan blanca</i> , Javier MARÍAS	17
2	<i>La inmortalidad</i> , Milan KUNDERA	20
3	<i>Madre noche</i> , Kurt VONNEGUT	22
4	<i>La campana de cristal</i> , Sylvia PLATH	25
5	<i>El adversario</i> , Emmanuel CARRÈRE	27
6	<i>Teoría King Kong</i> , Virginie DESPENTES	31
7	<i>El amante de Lady Chatterley</i> , D. H. LAWRENCE	35
8	<i>Lucy</i> , Jamaica KINCAID	37
9	<i>Plop</i> , Rafael PINEDO	40
10	<i>El proceso</i> , Franz KAFKA	42
11	<i>Las leyes de la atracción</i> , Bret Easton ELLIS	45
12	<i>El amante</i> , Marguerite DURAS	48
13	<i>El desierto y su semilla</i> , Jorge BARÓN BIZA	50
14	<i>Les diré que te recuerdo</i> , William Peter BLATTY	53
15	<i>Ricardo III</i> , William SHAKESPEARE	55
16	<i>¿Acaso no matan a los caballos?</i> , Horace McCOY	57
17	<i>Alicia en el país de las maravillas</i> , Lewis CARROLL	58
18	<i>Si una noche de invierno un viajero</i> , Italo CALVINO	60
19	<i>El club de la pelea</i> , Chuck PALAHNIUK	63
20	<i>La señorita Porcel</i> , Esther CROSS	64
21	<i>La maldición de Hill House</i> , Shirley JACKSON	65
22	<i>El retrato de Dorian Gray</i> , Oscar WILDE	66

23	<i>Cadáver exquisito</i> , Agustina BAZTERRICA	67
24	<i>Lolita</i> , Vladimir NABOKOV	68
25	<i>Más liviano que el aire</i> , Federico JEANMAIRE	69
26	<i>El farmer</i> , Andrés RIVERA	71
27	<i>Intimidación</i> , Hanif KUREISHI	75
28	<i>La casa de las bellas durmientes</i> , Yasunari KAWABATA	78
29	<i>Somos luz</i> , Gerda BLEES	81
30	<i>Guía del autoestopista galáctico</i> , Douglas ADAMS	83
31	<i>Era el cielo</i> , Sergio BIZZIO	86
32	<i>El extranjero</i> , Albert CAMUS	89
33	<i>Estrella distante</i> , Roberto BOLAÑO	91
34	<i>Ana Karenina</i> , León TOLSTÓI	95
35	<i>Operación Masacre</i> , Rodolfo WALSH	99
36	<i>Middlesex</i> , Jeffrey EUGENIDES	101
37	<i>Hijos de los hombres</i> , P. D. JAMES	103
38	<i>Novecento</i> , Alessandro BARICCO	106
39	<i>Los cuerpos del verano</i> , Martín Felipe CASTAGNET	108
40	<i>El sistema de las estrellas</i> , Carlos CHERNOV	111
41	<i>Cien años de soledad</i> , Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ	113
42	<i>Crash</i> , J. G. BALLARD	115
43	<i>Trópico de Cáncer</i> , Henry MILLER	118
44	<i>Las intermitencias de la muerte</i> , José SARAMAGO	120
45	<i>Moros en la costa</i> , Ariel DORFMAN	123
46	<i>Dientes blancos</i> , Zadie SMITH	126
47	<i>Beloved</i> , Toni MORRISON	129
48	<i>Jardín de cemento</i> , Ian McEWAN	132

49	<i>Fuera de la jaula</i> , Fernanda GARCÍA LAO	136
50	<i>Casas vacías</i> , Brenda NAVARRO	138
51	<i>1984</i> , George ORWELL	139
52	<i>Dinero</i> , Martin AMIS	142
53	<i>El último encuentro</i> , Sándor MÁRAI	143
54	<i>El gran cuaderno</i> , Agota KRISTOF	146
55	<i>Soy leyenda</i> , Richard MATHESON	149
56	<i>Ese verano a oscuras</i> , Mariana ENRÍQUEZ	153
57	<i>Otra vuelta de tuerca</i> , Henry JAMES	155
58	<i>Pequeño país</i> , Gaël FAYE	157
59	<i>El abismo en el tiempo</i> , H. P. LOVECRAFT	159
60	<i>La carretera</i> , Cormac McCARTHY	161
61	<i>El muro</i> , Jean-Paul SARTRE	164
62	<i>Memorias de Adriano</i> , Marguerite YOURCENAR	167
63	<i>Las relaciones peligrosas</i> , Choderlos DE LACLOS	170
64	<i>Casta luna electrónica</i> , Angélica GORODISCHER	175
65	<i>El curioso caso de Benjamin Button</i> , Francis Scott FITZGERALD	178
66	<i>El americano imposible</i> , Graham GREENE	182
67	<i>Orlando</i> , Virginia WOOLF	185
68	<i>Una humilde propuesta</i> , Jonathan SWIFT	187
69	<i>Sed</i> , Amélie NOTHOMB	191
70	<i>Adelfa, arco iris</i> , Erri DE LUCA	193
71	<i>Eisejuaz</i> , Sara GALLARDO	194
72	<i>Diario de un genio</i> , Salvador DALÍ	197
73	<i>Historia de dos ciudades</i> , Charles DICKENS	199
74	<i>Ilíada</i> , HOMERO	201

75	<i>Las bodas de Cadmo y Harmonía</i> , Roberto CALASSO	203
76	<i>Desde el jardín</i> , Jerzy KOSINSKI	205
77	<i>Dos veces junio</i> , Martín KOHAN	207
78	<i>El arma en el hombre</i> , Horacio CASTELLANOS MOYA	210
79	<i>La naranja mecánica</i> , Anthony BURGESS	212
80	<i>Justine</i> , Lawrence DURRELL	215
81	<i>Justina o los infortunios de la virtud</i> , Marqués DE SADE	219
82	<i>Confesiones de una máscara</i> , Yukio MISHIMA	221
83	<i>La amiga estupenda</i> , Elena FERRANTE	224
84	<i>Las mil y una noches</i> , ANÓNIMO	228
85	<i>Henry y June</i> , Anaïs NIN	232
86	<i>El cuento de la criada</i> , Margaret ATWOOD	236
87	<i>Hasta que pase un huracán</i> , Margarita GARCÍA ROBAYO	239
88	<i>Redoble por rancas</i> , Manuel SCORZA	242
89	<i>La Biblia</i> , ANÓNIMO	244
90	<i>Justicia</i> , Friedrich DÜRRENMATT	247
91	<i>Días sin hambre</i> , Delphine DE VIGAN	249
92	<i>El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes</i> , Tatiana ȚÎBULEAC	251
93	<i>Los hermanos Karamázov</i> , Fiódor DOSTOIEVSKI	254
94	<i>Canción dulce</i> , Leïla SLIMANI	257
95	<i>La comparsa</i> , Joaquín GÓMEZ BAS	260
96	<i>Mandíbula</i> , Mónica OJEDA	262
97	<i>La maravillosa vida breve de Óscar Wao</i> , Junot DÍAZ	264
98	<i>La sangre de los otros</i> , Simone DE BEAUVOIR	267
99	<i>El túnel</i> , Ernesto SABATO	270
100	<i>El señor de las moscas</i> , William GOLDING	272



## LA EXPECTATIVA DE UN MUNDO

Durante los últimos meses hice un ejercicio curioso con mi biblioteca: me puse a leer cada uno de mis libros con la premisa de no pasar de las primeras cinco páginas. Como en un restaurante por pasos en los que te sirven platos exquisitos pero diminutos, aunque quisiera seguir leyendo, tenía que cambiar de lectura. La idea era poner a prueba a mis libros favoritos para ver si ya desde el principio eran tan buenos como recordaba. Rápidamente, lo que empezó como un juego se convirtió en obsesión: encontrar esas primeras páginas perfectas que hacen que una historia sea imposible de soltar.

El resultado es este libro en el que reuní cien comienzos de la literatura universal. Un libro repleto de promesas, con arranques atrapantes, que se interrumpen justo cuando la lectura se vuelve irresistible. Quizás también tenga algo de mezquino, es un libro para acumular ganas. ¿No es esa la mejor manera de anticiparse al deseo, justo antes de que desaparezca? En el instante preciso en que

el lector quiera continuar, se verá obligado a iniciar otra historia. Todos sabemos que ese momento es sagrado; empezar a leer un libro es siempre un acto de fe. En cada principio está cifrada la expectativa de un mundo.

Pero ¿qué es un buen comienzo literario? ¿Cuánto conviene que revelen los primeros párrafos? En las novelas del siglo XIX los inicios solían ser morosos, con páginas enteras dedicadas a la descripción de un paisaje, un árbol genealógico, las características físicas de un personaje. Hoy esos principios son casi inhallables. Los lectores se volvieron más ansiosos, la literatura compite con las artes audiovisuales y las narraciones buscan atrapar desde las primeras líneas. Como en toda relación de seducción, el acercamiento suele ser idílico. La página se abre ante un lector deseoso de experimentar emociones profundas. ¿Qué hacer para retenerlo? ¿Cómo lograr que el coqueteo inicial se convierta en un vínculo imposible de cerrar?

Los grandes comienzos literarios no solo se miden por la célebre primera frase, ese golpe de efecto que a veces se graba en la memoria colectiva y que se consigue fácilmente en internet. En tiempos de saturación de estímulos, donde la rapidez suele diluir al asombro, esta selección propone asomarse a un centenar de obras que, ya sea por su belleza o su crudeza, invitan a detenerse. Hay arranques con tramas de alto impacto como un asesinato, un suicidio, una madre que pierde a su hijo, una casa embrujada, una guerra. En otros conmueve la originalidad de una poética, un tono, un estilo. Todos conviven en estas páginas. Sin embargo, hay libros geniales con comienzos flojos y otros mediocres con grandes oberturas: ninguno de ellos está entre los cien elegidos, por lo que también es un libro hecho de omisiones.

El ensayista estadounidense Eliot Weinberger dijo que su lector ideal es “alguien que lee unas pocas páginas, se queda dormido y tiene un sueño fantástico”. Quiero pensar que ese también es el lector de

este libro con la excepción de que, cuando despierte, va a querer buscar esa historia para saber cómo sigue. Sin olvidar que a veces basta una página, un párrafo o una sola línea para que la literatura haga su trabajo más profundo: deslumbrarnos, intrigarnos, hacernos cambiar de idea y hasta torcer el rumbo de una vida.

Las primeras páginas también tienen algo de señuelo, de carnada, son las que se hojean de parado en las librerías. Los autores saben que son su carta de presentación incluso para quienes nunca van a leer el libro, por eso también son las más revisadas, las más corregidas. Un editor amigo me confesó que cuando le llega un nuevo manuscrito siempre lo abre por la mitad y, si a esa altura le parece bueno, recién entonces lo empieza a leer por el principio. Esa actitud entrenada da cuenta de que hay páginas iniciales que pueden ser tramposas, pero en este libro no hay engaño: si deciden conseguir los textos completos van a encontrarse con novelas maravillosas. Y si no, habrán disfrutado del placer de empezar, sabiendo que lo importante no siempre es llegar al final.

Eugenia Zicavo  
Buenos Aires, noviembre de 2025

FACTOTUM  
EDICIONES



A large, light gray, stylized logo consisting of the letters 'F' and 'P' intertwined. The 'F' is on the left and the 'P' is on the right, with their vertical stems overlapping. The letters are composed of thick, blocky shapes.

**PRIMERAS PÁGINAS**

FACTOTUM  
EDICIONES



## *Corazón tan blanco*

Javier Marías

No he querido saber, pero he sabido que una de las niñas, cuando ya no era niña y no hacía mucho que había regresado de su viaje de bodas, entró en el cuarto de baño, se puso frente al espejo, se abrió la blusa, se quitó el sostén y se buscó el corazón con la punta de la pistola de su propio padre, que estaba en el comedor con parte de la familia y tres invitados. Cuando se oyó la detonación, unos cinco minutos después de que la niña hubiera abandonado la mesa, el padre no se levantó en seguida, sino que se quedó durante algunos segundos paralizado con la boca llena, sin atreverse a masticar ni a tragar ni menos aún a devolver el bocado al plato; y cuando por fin se alzó y corrió hacia el cuarto de baño, los que lo siguieron vieron cómo mientras descubría el cuerpo ensangrentado de su hija y se echaba las manos a la cabeza iba pasando el bocado de carne de un lado a otro de la boca, sin saber todavía qué hacer con él. Llevaba la servilleta en la mano, y no la soltó hasta que al cabo de un rato reparó en el sostén tirado sobre el bidet, y entonces lo cubrió con el paño que tenía a mano o tenía en la mano y sus labios habían manchado, como si le diera más vergüenza la visión de la prenda íntima que la del cuerpo derribado y semidesnudo con el que la prenda había estado en contacto hasta hacía muy poco: el cuerpo sentado a la mesa o alejándose por el pasillo o también de pie. Antes,

con gesto automático, el padre había cerrado el grifo del lavabo, el del agua fría, que estaba abierto con mucha presión. La hija había estado llorando mientras se ponía ante el espejo, se abría la blusa, se quitaba el sostén y se buscaba el corazón, porque, tendida en el suelo frío del cuarto de baño enorme, tenía los ojos llenos de lágrimas, que no se habían visto durante el almuerzo ni podían haber brotado después de caer sin vida. En contra de su costumbre y de la costumbre general, no había echado el pestillo, lo que hizo pensar al padre (pero brevemente y sin pensarlo apenas, en cuanto tragó) que quizá su hija, mientras lloraba, había estado esperando o deseando que alguien abriera la puerta y le impidiera hacer lo que había hecho, no por la fuerza sino con su mera presencia, por la contemplación de su desnudez en vida o con una mano en el hombro. Pero nadie (excepto ella ahora, y porque ya no era una niña) iba al cuarto de baño durante el almuerzo. El pecho que no había sufrido el impacto resultaba bien visible, maternal y blanco y aún firme, y fue hacia él hacia donde se dirigieron instintivamente las primeras miradas, más que nada para evitar dirigirse al otro, que ya no existía o era solo sangre. Hacía muchos años que el padre no había visto ese pecho, dejó de verlo cuando se transformó o empezó a ser maternal, y por eso no solo se sintió espantado, sino también turbado. La otra niña, la hermana, que sí lo había visto cambiado en su adolescencia y quizá después, fue la primera en tocarla, y con una toalla (su propia toalla azul pálido, que era la que tenía tendencia a coger) se puso a secarle las lágrimas del rostro mezcladas con sudor y con agua, ya que antes de que se cerrara el grifo, el chorro había estado rebotando contra la loza y habían caído gotas sobre las mejillas, el pecho blanco y la falda arrugada de su hermana en el suelo. También quiso, apresuradamente, secarle la sangre como si eso pudiera curarla, pero la toalla se empapó al instante y quedó inservible para su tarea, también se tiñó. En vez de dejarla empaparse y cubrir el tórax con ella, la retiró en seguida al

verla tan roja (era su propia toalla) y la dejó colgada sobre el borde de la bañera, desde donde goteó. Hablaba, pero lo único que acertaba a decir era el nombre de su hermana, y a repetirlo. Uno de los invitados no pudo evitar mirarse en el espejo a distancia y atusarse el pelo un segundo, el tiempo suficiente para notar que la sangre y el agua (pero no el sudor) habían salpicado la superficie y por tanto cualquier reflejo que diera, incluido el suyo mientras se miró. Estaba en el umbral, sin entrar, al igual que los otros dos invitados, como si pese al olvido de las reglas sociales en aquel momento, consideraran que solo los miembros de la familia tenían derecho a cruzarlo. Los tres asomaban la cabeza tan solo, el tronco inclinado como adultos escuchando a niños, sin dar el paso adelante por asco o respeto, quizá por asco, aunque uno de ellos era médico (el que se vio en el espejo) y lo normal habría sido que se hubiera abierto paso con seguridad y hubiera examinado el cuerpo de la hija, o al menos, rodilla en tierra, le hubiera puesto en el cuello dos dedos. No lo hizo, ni siquiera cuando el padre, cada vez más pálido e inestable, se volvió hacia él y, señalando el cuerpo de su hija, le dijo “Doctor”, en tono de imploración pero sin ningún énfasis, para darle la espalda a continuación, sin esperar a ver si el médico respondía a su llamamiento. No solo a él y a los otros les dio la espalda, sino también a sus hijas, a la viva y a la que no se atrevía a dar aún por muerta, y, con los codos sobre el lavabo y las manos sosteniendo la frente, empezó a vomitar cuanto había comido, incluido el pedazo de carne que acababa de tragarse sin masticar.

FACTOTUM  
EDICIONES

Barcelona, Anagrama, 1992

# 2

## *La inmortalidad*

Milan Kundera

Aquella señora podía tener sesenta, sesenta y cinco años. Yo la miraba mientras estaba acostado en una camilla frente a la piscina de un club de gimnasia situado en la última planta de un edificio moderno, desde donde se ve, a través de unas grandes ventanas, todo París. Estaba esperando al profesor Avenarius, con el que a veces me reúno aquí para charlar. Pero el profesor Avenarius no llegaba y yo miraba a una señora; estaba sola en la piscina, metida en el agua hasta la cintura, mirando hacia arriba a un joven instructor vestido con un chándal, que le enseñaba a nadar. Le daba órdenes: tenía que sujetarse con las manos al borde de la piscina y aspirar y espirar profundamente. Lo hacía con seriedad, con empeño, y era como si desde las profundidades del agua se oyera el sonido de una vieja locomotora de vapor (aquel sonido idílico, hoy ya olvidado, que para quienes no lo conocieron solo puede ser descrito como la respiración de una vieja señora que, junto al borde de una piscina, aspira y espira sonoramente). Yo la miraba fascinado. Me quedé absorto en su enternecedora comicidad (el instructor también era consciente de ella, porque le temblaba a cada momento la comisura de los labios), pero después me saludó un conocido, quien distrajo mi atención. Cuando quise volver a mirarla, al cabo de un rato, la lección ya había terminado. Se iba, en bañador, dando la vuelta a la piscina.

Pasó junto al instructor y cuando estaba a unos tres o cuatro pasos de distancia volvió hacia él la cabeza, sonrió, e hizo con el brazo un gesto de despedida. ¡En ese momento se me encogió el corazón! ¡Aquella sonrisa y aquel gesto pertenecían a una mujer de veinte años! Su brazo se elevó en el aire con encantadora ligereza. Era como si lanzara al aire un balón de colores para jugar con su amante. Aquella sonrisa y aquel gesto tenían encanto y elegancia, mientras que el rostro y el cuerpo ya no tenían encanto alguno. Era el encanto del gesto, ahogado en la falta de encanto del cuerpo. Pero aquella mujer, aunque naturalmente tenía que saber que ya no era hermosa, lo había olvidado en aquel momento. Con cierta parte de nuestro ser vivimos todos fuera del tiempo. Puede que solo en circunstancias excepcionales seamos conscientes de nuestra edad y que la mayor parte del tiempo carezcamos de edad.

FACTOTUM  
EDICIONES

*Nesmrtnost*  
Brno, Atlantis, 1989

Traducción de Fernando de Valenzuela  
Barcelona, Tusquets, 1990

# 3

## *Madre noche*

Kurt Vonnegut

Esta es la única novela mía cuya moraleja conozco. No creo que sea una moraleja espectacular, es solo que sé cuál es: somos lo que fingimos ser, así que debemos tener cuidado con lo que fingimos ser. Mi experiencia personal con las fechorías de los nazis fue limitada. En los años treinta había algunos fascistas malignos y entusiastas en mi ciudad natal de Indianápolis, y recuerdo que alguien me dio un ejemplar de los *Protocolos de los sabios de Sion*, que presuntamente era el plan secreto de los judíos para adueñarse del mundo. Y recuerdo que se gastaban bromas a costa de mi tía, que se casó con un alemán de Alemania y tuvo que escribir a Indianápolis pidiendo pruebas de que no tenía sangre judía. El alcalde de Indianápolis la conocía de la secundaria y la escuela de danzas, así que se divirtió poniendo cintas y sellos oficiales en los documentos que pedían los alemanes, presentándolos como tratados de paz del siglo dieciocho.

Poco después estalló la guerra, y yo participé en ella y fui capturado, así que llegué a ver una parte de Alemania por dentro mientras aún continuaba el conflicto. Yo era soldado raso, explorador del batallón, y según los términos de la convención de Ginebra tuve que trabajar para mi mantenimiento. Esto no era malo, todo lo contrario. No tenía que quedarme todo el tiempo en la prisión, en un lugar perdido de la campiña. Podía ir a una ciudad, Dresde, y ver a la gente y sus

actividades. Había cien hombres en nuestro grupo de trabajo, y nos pusieron a trabajar a sueldo en una fábrica que producía un jarabe de malta enriquecido con vitaminas para mujeres embarazadas. Sabía a miel ahumada con leña de nogal. Era sabroso. Ojalá tuviera un poco ahora. Y la ciudad era adorable, muy ornamentada, como París, y la guerra no la había afectado. Se suponía que era una “ciudad abierta”, y que no se la debía atacar porque allí no había concentraciones de tropas ni industrias bélicas.

Pero en la noche del 13 de febrero de 1945, hace veintiún años, aviones estadounidenses y británicos arrojaron explosivos de alta potencia en Dresde. Las bombas no tenían objetivos específicos. La intención era crear muchos focos de incendio que obligaran a los bomberos a ocultarse en los refugios subterráneos.

Y luego se esparcieron cientos de miles de diminutas bombas incendiarias sobre los focos, como semillas en humus recién roturado. Se arrojaron más bombas para mantener a los bomberos en los refugios, y los pequeños incendios crecieron y se entrelazaron hasta producir una conflagración apocalíptica. ¡Abracadabra: tormenta de fuego! Fue la mayor masacre de la historia europea. ¿Y con eso qué?

Nosotros no llegamos a ver la tormenta de fuego. Estábamos en un frigorífico situado bajo un matadero, con nuestros seis guardias y largas filas de cuerpos faenados de vacas, cerdos, caballos y ovejas. Oíamos la detonación de las bombas. De cuando en cuando caía una llovizna de revoque. Si hubiéramos subido para echar un vistazo, nos habríamos transformado en objetos típicos de las tormentas de fuego y pareceríamos trozos de leña calcinados de un metro de longitud: seres humanos ridículamente pequeños, o, si se prefiere, gigantescos saltamontes fritos.

La fábrica de jarabe desapareció. Todo desapareció, salvo los sótanos donde ciento treinta y cinco mil Hansels y Gretels fueron

horneados como homrecitos de jengibre. Así que nos pusieron a trabajar como mineros de cadáveres. Entrábamos en los refugios y sacábamos los cuerpos. Y llegué a ver a muchos alemanes de toda edad tal como los había encontrado la muerte, casi siempre con objetos valiosos en el regazo. A veces los parientes iban para vernos cavar. Ellos también eran interesantes.

Esa fue toda mi relación directa con los nazis.

Si hubiera nacido en Alemania, supongo que habría sido nazi, y habría roto la crisma de judíos, gitanos y polacos, dejando botas sobresaliendo de la nieve, orgulloso de mi virtuoso yo interior. Suele suceder.

Pensándolo bien, esta novela también tiene una segunda moraleja: cuando estás muerto, estás muerto.

Y ahora se me ocurre una tercera: haz el amor cuando puedas. Es bueno para tu salud.

FACTOTUM  
EDICIONES

*Mother Night*

United States, Fawcett Publications/Gold Medal Books, 1962

Traducción de Carlos Gardini

Buenos Aires, La Bestia Equilátera, 2016

# *La campana de cristal*

Sylvia Plath

4

Era un verano extraño, sofocante, el verano en que electrocutaron a los Rosenberg y yo no sabía qué estaba haciendo en Nueva York. Le tengo manía a las ejecuciones. La idea de ser electrocutada me pone mala, y eso era lo único que se podía leer en los periódicos, titulares que como ojos saltones me miraban fijamente en cada esquina y en cada entrada al Metro, mohosas e invadidas por el olor de los cacahuets. No tenía nada que ver conmigo, pero no podía evitar preguntarme qué se sentiría al ser quemado vivo de la cabeza a los pies. Pensé que debía de ser la cosa más terrible del mundo.

Nueva York era bastante desagradable. A las nueve de la mañana la falsa frescura campestre que de algún modo rezumaba durante la noche, se evaporaba como la parte final de un dulce sueño. Color gris espejismo en fondo de sus desfiladeros de granito, las calles calientes reverberaban al sol, mientras las capotas de los coches se chamuscaban y brillaban y el polvo seco y ceniciento se me metía en los ojos y en la garganta.

Seguí oyendo hablar de los Rosenberg por la radio y en la oficina hasta que ya no pude apartarlos de mi mente. Era como la primera vez que vi un cadáver.

Durante semanas, la cabeza del cadáver —o lo que quedaba de ella— flotó entre los huevos con tocino de mi desayuno y detrás del rostro de

Buddy Willard, principal responsable en principio de que lo hubiera visto, y no tardé en tener la sensación de llevar conmigo la cabeza del cadáver atada con una cuerda, como una especie de globo negro sin nariz que hediera a vinagre.

Sabía que algo raro me pasaba ese verano porque lo único en que podía pensar era en los Rosenberg y en lo estúpida que había sido al comprar toda esa ropa cara e incómoda que colgaba floja como pescado en mi armario, y en cómo todos los pequeños éxitos tan alegremente acumulados en el colegio se apagaban hasta quedar reducidos a nada ante las fachadas de mármol pulido y grandes ventanales de Madison Avenue.

Se suponía que lo estaba pasando como nunca.

FACTOTUM  
EDICIONES

*The Bell Jar*  
London, Heinemann, 1963  
Traducción de Elena Rius  
Buenos Aires, Edhasa, 2015



**¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?**

**Podés adquirirlo en [www.factotumediciones.com](http://www.factotumediciones.com)  
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones  
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?